

Bibliografía

EL ENTE Y LA ESENCIA

Sto. Tomás de Aquino.—Traducción castellana de Juan R. Sepich.—Texto latino y castellano. Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. 1 vol. de 138 pp. Clásicos de la Filosofía, Tomo II, 1940.

El tratado de "El ente y la esencia", escrito por Santo Tomás cuando apenas tenía treinta años y aún no había sido declarado "magister", no obstante tener diferencias fundamentales en *el estilo filosófico*, es considerado por los filósofos como una de las obras fundamentales de la filosofía tomista.

Acerca de la *ciencia rectora*, como llamó Santo Tomás a la Metafísica, existe toda una literatura que podemos llamar del siglo XX. Y en la América Latina los problemas de la Metafísica encuentran nuevamente el mismo calor universitario de los tiempos coloniales. Hoy día, tanto los ensayos católicos como los estudios de la fenomenología y la nueva filosofía existencial, abordan el problema metafísico y lo consideran actual. Aún más, no escasean los estudios relativos a "una metafísica kantiana", no obstante que a Kant se le ha considerado como el desertor de la metafísica.

El mundo positivista y el cientifismo del siglo pasado tendieron una cortina de humo sobre los problemas del ser, impulsados por un agnosticismo que tras

de ser anticientífico convirtió la cultura superior en una torre de Babel.

Felizmente el problema de los valores, los estudios fenomenológicos, los ensayos del neo-tomismo y el mismo criticismo se han dado cuenta de que la filosofía no es ciencia sino supraciencia y por ende, el problema del ser común regresa a la casa solariega como el problema fundamental.

Y nosotros creemos que todo este ir y venir de terminologías más o menos obscuras obedece ni más ni menos a la restauración del viejo y eterno problema de los "universales". Y hoy, entre el realismo moderado y el conceptualismo, se libran batallas del pensamiento, del conocimiento y de la vida social.

El tratado de "El ente y la esencia", escrito por el doctor de Aquino, es suficientemente conocido en los seminarios, pero suficientemente desconocido en las universidades. Qué sea el ente, cuál su relación a la inteligencia, cómo se entienda su objetividad, cuáles sean las propiedades trascendentales del ser, y cuáles sus constitutivos metafísicos; qué diferencia exista entre la esencia y la existencia, entre el acto y la potencia; por qué la sustancia sea el objeto formal de la metafísica y en qué se diferencie de los accidentes; cuál sea el fundamento lógico del posible; si existe o no el ente de razón; si las nociones de individuo y persona son elementos indispensables o no lo son para la jurisprudencia, la medicina, la economía política, el derecho internacional, la sociología; si haya víncu-

los necesarios entre la cultura del ser y la filosofía del conocer; si podamos tener el ser como objeto del conocimiento, pero un ser que exista como objeto real fuera del yo.... Todas estas son cuestiones insolubles sin un estudio a fondo de la Metafísica de Sto. Tomás.

Miles de preguntas surgen en el mundo contemporáneo, las cuales quedan en el vacío, a no ser que se parta de la Metafísica.

En los péñumes oficiales de muchos estados modernos de cultura secundaria se prescindie oficialmente de la Metafísica, pero en Francia y en Alemania y en Inglaterra y en Italia, en la Argentina y en México, el mundo universitario ha revaluado las elucubraciones de la Metafísica y va construyendo estructuras políticas de acuerdo con sus postulados. Una política se basa en una metafísica o no es política. Una nación parte de principios relativos a la persona humana y a la persona moral, o parece jurídicamente. Una soberanía y una mentalidad social radican en elementos que trascienden al espacio y al tiempo, que son trascendentales.

Nosotros agradecemos al Instituto de Filosofía de Buenos Aires el envío que nos hace del tratado "El ente y la esencia", revisado con todas las normas de la eurística y comparado con las versiones antiguas y recientes. Tanto el texto latino, purificado según las fuentes, y la traducción castellana que guarda admirablemente la fidelidad, son obras meritorias e indispensables para todo estudioso.

La labor del doctor Sepich, suficientemente conocida en toda la América Latina por los aficionados a la filosofía, se ve enriquecida con esta nueva producción y traducción "útil, deleitable y honesta".

F. Henao Botero.

DERECHO INTERNACIONAL PUBLICO

Isidoro Ruiz Moreno. Profesor titular de la materia en la Universidad de Buenos Aires. II Tomos, 238 y 440 pags. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 2ª edición.

Entre los publicistas de América, es Ruiz Moreno (padre) uno de los más fecundos, pues ha publicado más de treinta obras sobre diversos temas jurídicos y sociales, de las cuales conocemos, por envío especial del autor, "La Economía Comercial" y el "Derecho Internacional Público" que comentamos hoy.

En la República Argentina, país que sabe apreciar y estimular los valores intelectuales, ha ocupado y ocupa actualmente Ruiz Moreno una posición destacada, como Asesor del Ministerio de Relaciones Exteriores y profesor titular de la Universidad de Buenos Aires.

En la VIII Conferencia Internacional Americana, reunida en Lima del 6 al 25 de diciembre de 1938, cupo a Isidoro Ruiz Moreno y a la Delegación Argentina presidida por él, salvar el decoro de Hispanoamérica, frente a la arrodillada actitud de casi todos los otros países, obteniendo la modificación del texto original de la "Declaración de los principios de la solidaridad americana", conocida en el Derecho Internacional con el nombre de "Declaración de Lima".

La obra que comentamos tiene especial importancia para nosotros, pues a diferencia de la mayoría de tratados de esta naturaleza, inspiados en los libros de la literatura científica europea, especialmente francesa, que se suelen publicar en Hispanoamérica, en los cuales se nos desconoce casi por completo, dedica la mayor atención a los problemas internacionales de la América luso-hispánica, o como si dijéramos, al Derecho Interna-

cional Público latinoamericano, sin descuidar sin embargo, como es obvio, lo relativo al Derecho Internacional Público Universal, cuyos principios desarrolla con sobrado criterio de jurista y notable copia de erudición.

Del estudio que hemos hecho del "Derecho Internacional Público" de Ruiz Moreno, hemos sacado la conclusión de que ninguna obra de las que actualmente circulan por acá sobre la materia, es más adecuada para servir de texto de enseñanza en nuestras Facultades de Derecho.

Debemos consignar aquí nuestro agradecimiento al ilustre internacionalista, no solamente por el envío de su obra con atenta tarjeta de homenaje, sino también por el férvido e inapreciable elogio que en correspondencia privada consagra a nuestra Teoría del Derecho Internacional Privado.

La Biblioteca de la Universidad Católica Bolivariana ha sido recientemente enriquecida por atención de la Dotación de Carnegie con tan valiosa obra.

Alfredo Cock A.

LOS PRIVILEGIOS EN EL DERECHO CIVIL ARGENTINO

Alberto Molinario.

Así titula el voluminoso tratado que el señor Alberto Molinario presentó como trabajo de tesis para recibir el título de abogado en la Universidad Nacional de Buenos Aires. El tema es ya un indicio revelador de la bien organizada mentalidad de su autor. Es que esta institución de los créditos privilegiados, es de las más áridas y de las menos aparentes para los devaneos jurídicos; aquí no tienen cabida ni la improvisación ni las flamantes teorías. El letrado Molinario realizó,

sin embargo, una obra de mucho mérito científico y de fácil lectura por la claridad del estilo y el método de su exposición.

Con precisión y destreza, destaca la auténtica fisonomía jurídica de los privilegios, acentuando las no muy definidas diferencias que existen entre éstos y la preferencia; demuestra así cómo los privilegios constituyen dentro del derecho una entidad autónoma, de origen exclusivamente legal, en tanto que la hipoteca y la prenda —causas de prelación— son de origen convencional. No ignora el expositor la institución de las hipotecas legales del Código francés y precisamente, para refutar algunas opiniones de autores argentinos que confunden la preferencia con los privilegios, alude a tales hipotecas, desconocidas, tanto en el Código Civil Argentino como en el nuestro.

De esta suerte, define el privilegio de la siguiente manera: "El derecho dado a un acreedor, exclusivamente por la ley, sin que medie convención a tal efecto, para ser pagado con preferencia a otro acreedor".

Muy interesante es la parte del libro destinada a fijar la naturaleza jurídica de los privilegios; es ella una erudita revisión de las muchas opiniones que se han emitido al respecto; concluye esta exposición con la tesis, para nosotros incontrovertible, de que los privilegios son derechos personales o creditorios y esto, meramente accesorio o de garantía, como que apenas son cualidades de los créditos privilegiados. Es que hay autores que atribuyen al privilegio la misma naturaleza del derecho real.

De la circunstancia de que el derecho de retención autoriza al titular para la tenencia del bien hasta que se verifique o se asegure el pago de la deuda que le dio nacimiento, y de que este estado es incompatible con el ejercicio pleno del

derecho de propiedad por parte del dueño, deduce Molinario que aquél es un derecho real. No aceptamos esta teoría, porque ni esa tenencia ni la dificultad de hecho que ella implica para el ejercicio de todos los atributos del dominio por parte del propietario, son características del derecho real.

Otras muchas y muy importantes cuestiones jurídicas plantea y dilucida, con desembarazo y sindéresis, el tratado a que nos venimos refiriendo, mas no es nuestro propósito hacer un comentario completo de él; no, solamente queremos llamar la atención sobre la obra, porque, como lo dijimos, ella es de un gran mérito científico.

Eudoro González Gómez.



METAFISICA Y CIENCIA

Por *Manuel Núñez Regueiro*, Profesor titular de filosofía en la Fac. de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de la U. Nacional del Litoral.—Librería "El Atheneo". Buenos Aires, 1941.

Como XIII numeral de la colección "La Vida Superior", el ilustre profesor de la Universidad del Litoral y de la Facultad de Letras de Buenos Aires, ha publicado en este año este apretado volumen.

"Metafísica y Ciencia" es un denso libro destinado a establecer los linderos y aproximaciones entre la Metafísica y la ciencia en general, sin que esto implique un desconocimiento al rango científico de la primera. De ahí el acatamiento a la definición aristotélica sobre la filosofía: "cognitio rerum per causas", mediante la cual se valoriza el carácter científico de todas las ramas del humano saber en una jerarquía de causas forma-

les de primera y de segunda categoría.

El objetivo peculiar de esta obra radica en los avances de las ciencias matemáticas que han encartuchado el postulado científico dentro de una caparazón cuantitativa ausente de toda consideración formal distinta. La exclusión de la metafísica no ha sido, por lo tanto, algo deliberado, sino la posición unilateral que frente al mundo viene tomando la ciencia desde Kant en adelante. Ya las gloriosas investigaciones de Rickert ahondaron el tema en forma lograda y sus continuadores han podido esclarecer el alcance vastísimo de su obra.

Para el caso, Núñez Regueiro establece una distinción original entre el saber científico y el saber ontológico, haciendo resaltar las distinciones y relaciones entre uno y otro, eludiendo los aspectos formales de que cada ciencia toma los objetos para su edificación. Podría reducirse en la metafísica tradicional al objeto material formal que cada rama del conocimiento aprehende de los objetos. Pero de las tesis del profesor rioplatense emerge una "metafísica de la integridad" dentro de la cual viene a cumplirse la zona de entendimiento entre uno y otro conocimiento.

La entraña de su raciocinio está en el concepto de substancialidad inherente a toda metafísica e imprescindible en toda teoría del conocimiento. Por atender únicamente a las cualidades que son fenómenos de conciencia, la ciencia se queda en la superficie de las cosas según se desprende del propio Husserl en sus monumentales estudios y elucubraciones fenomenológicas. Pero en una ciencia de razón, y todas lo deben ser, hay que convenir en que la concepción del ser está en la base de toda investigación. Por ese camino o por olvidarlo han llegado los modernos científicos a edificar una ciencia que se falsea desde la propia base, recayendo en un idealismo semejante al que se ha pretendido clausurar.

Largas páginas podrían escribirse en torno a esta obra del profesor argentino que nos reconcilia con la vocación científica de los americanos. Pero nos seduce particularmente la conclusión de su obra cuando deriva la polémica sobre el terreno de la moral y los fundamentos metafísicos de su conocimiento. Crisis de racionalidad y crisis de moralidad ha denominado uno de sus más interesantes apartes, del cual se deduce la incompatibilidad de una moral sin obligación ni sanción, que es sencillamente el sofisma de toda irreligión.

El problema de la salvación que es en último término el de la realización de los valores supremos encalla ostentosamente contra la tesis de la salvación por la ciencia y mucho más de la ciencia concebida en los términos cuantitativos de las últimas centurias. Porque dentro de una genuina concepción del hombre como "realizador de valores", la salvación es un problema personal y nunca ha podido demostrarse la transpersonalidad a la ciencia.

La Revista UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA recoge con regocijo esta valiosa contribución de un americano al arduo problema que la ciencia moderna ha planteado a los profesores de Filosofía y de ciencias Morales y Teológicas.

Abel Naranjo Villegas.

"PRINCIPIO Y TERMINO DE LA BIOLOGIA"

Por *Augusto Pi Suñer*. — Biblioteca Venezolana de Cultura. Colección "Vargas". Caracas, 1941.

El erudito profesor español, Dr. Augusto Pi Suñer, aporta una obra bibliográfica más a la cultura hispánica en América.

Ese monumento de humanidad que es la cultura hispánica en el nuevo mundo, noble como una sangre generosa que se regó por estos suelos, e hizo germinar nuevos pueblos y hombres, delicada como los más hondos motivos de su sentimiento, vigorosa e hidalga como el caballero de Castillo, bella como las artes y las formas de expresión del pensamiento más sonoras y coloridas y más pulcras, profunda en el raciocinio como la verdad y la fe de Cristo, que la mueven, tiene en estos tiempos de "saxonismo" el valor de un gran aporte literario, científico, y de vinculación entre el pensamiento de la España de todos los tiempos y las necesidades espirituales de la cultura universitaria americana de hoy. Así lo entiende la publicación "Biblioteca Venezolana de Cultura" al colocar la obra de Pi Suñer al lado de otras publicaciones que ponen muy en alto el nombre del Ministerio de Educación Nacional de Venezuela. Pi Suñer era ya muy conocido desde su cátedra de la Universidad de Barcelona, y a sus dotes de gran humanista y letrado con profundo sentido filosófico, suma el concepto claro de las ciencias biológicas, como lo demuestra en su nueva obra, que es sencillamente la más completa que hasta el presente conocemos y que llena, no solamente un vacío en el campo de la cultura y estudio de las ciencias biológicas, sino que para el espíritu sediento de verdad y conocimiento de las causas, es una fuente de información que satisface grandemente la inquietud humana en un amplio campo del conocimiento.

Pi Suñer, con un sentido puro de la filosofía, aborda la noción de vida, y estudia y describe la estructura del ser viviente y su fisiologismo, y trata de intuir sobre el fondo del concepto vital en el universo y la conciencia. Sus propósitos son en esta obra, según sus propias palabras: enlazar las ciencias naturales con

Bibliografía.

las puramente físicas trascendiendo hasta la metafísica. Describe la Biología como una ciencia que abarcaría principios de la más simple ley física, hasta el más abstruso hecho de conciencia, y el más lejano fundamento de la metafísica.

La primera manifestación de la vida de los seres, y la más universalmente conocida sería el movimiento y la explicación de este fenómeno que nos llevaría a la intelección total de la vida. Con Strecker en el libro *Der Kausalitätsprinzipien der Biologie*, considera que debe haber un principio de la vida. Y llama la atención sobre la necesidad de volver a estudiar las "propiedades vitales" distintas de las propiedades físico-químicas etc., conforme lo había establecido Bichat.

El "Neovitalismo" de Driesch y las doctrinas aristotélicas vuelven a compendiar los postulados sobre una "específica fuerza vital teológica" al decir de Schneider. La era materialista ha pasado a ser considerada como época de mero ilusionismo; Heckel, Lamarck, y la misma obra de Claude Bernard no serían más que un postulado metódico de investigación físico-química en la tarea de analizar la materia viva, pero ninguna convicción han aportado en la ciencia y originen de la vida.

Para Pi Suñer, los "energetistas" que creen en la energía como fuente de vida, serían nuevos ilusionistas, ya que en verdad, fuera de aprovechar los bellos experimentos de Lavoisier sobre el ciclo de la energía, "nada de lo que juega un papel en la vida —materia y energía— es peculiar y exclusivo, y sin embargo la vida es algo más que un sistema cambiante de materia y energía".

Y las más modernas concepciones de la física y la química sobre el estado de la materia, e. g. la teoría coloidal que atañen profundamente a la Biología, serían meros mojones en el camino del conocimiento último del origen de la vida.

Preguntándose luego sobre qué nos reserva el futuro de la ciencia Biológica, y si llegarán otras ciencias más capaces de interpretar el fenómeno vital, responde con Pascal: "El hombre ha sido hecho para la adquisición de la verdad, no para la posesión de la misma".

Al analizar la encadenación con que se presentan los fenómenos del universo e insistiendo sobre un pseudodeterminismo que se alcanza a percibir, señala muy categóricamente el establecimiento de dos grupos de fenómenos: un grupo que dice relación con causas próximas, conocidas por las ciencias, y otro grupo con modalidades y móviles finales y primeros del dominio de la metafísica. Pero del reconocimiento de ellos a su previsión según nuestra conciencia y voluntad, hay el insondable abismo del misterio, la brecha que separa el límite de lo infinito, el ser del no ser, el principio del término de la vida.

En 22 capítulos, Pi Suñer nos presenta una disquisición, y un análisis muy bien documentado en las opiniones de los más notables sabios de todos los tiempos sobre el problema de la Biología general y especial, tanto en conjunto como en cada uno de sus apartes. Lleno de conciencia y sentido filosófico y acorde con los más simples datos de la observación, escribe el más bello capítulo sobre la filosofía de la vida.

El estudio de la materia viviente en su composición, estructura y funcionamiento, e. g. el metabolismo, reproducción, muerte etc., con el estudio de las condiciones de la materia organizada y sus fenómenos como los de la fermentación y un claro concepto sobre el tono funcional global y los fenómenos de excitabilidad y las intrincadas nociones sobre el reflejo y el acto conscientes, está muy bien ordenado y con mucha claridad en la obra de Pi Suñer.

Se puede asegurar que no hay noción biológica y de interés a dicha ciencia que el autor haya dejado sin discutir y poner al alcance de toda mentalidad. En esta obra se marcha por todos los caminos de la ciencia biológica actual y sobre sus fundamentos, ciencias que la auxilian, hasta alcanzar todo lo que es el hombre con conciencia, individualidad, capacidad cognoscitiva, sociabilidad e intelección del universo, y la capacidad de la mentalidad humana para llegar hasta su principio y su fin: Dios.

En resumen, el libro del Profesor Pi Suñer nos da todas las anotaciones que sobre el fenómeno vital han hecho los pensadores e investigadores hasta nuestros días, y es un verdadero estudio enciclopédico e informativo de un tema de tan dilatadas proyecciones, y representa para la Universidad y el estudioso, una fuente muy completa de consulta sobre los diversos tópicos de la ciencia de la vida.

Victor Julio Betancur B.

EL PENSAMIENTO POLITICO DE CALVO SOTELO

Eugenio Vegas Latapie. — Prólogo de Alfonso García-Valdecasas. Ediciones Cultura Española. Madrid. 1941, 230 pp.

Eugenio Vegas Latapie ha escrito, o mejor, ha realizado un denso libro sobre la personalidad política de Calvo Sotelo.

Para quienes hemos vivido entrañablemente el pensamiento del protomártir de la revolución nacional y con invariable fervor, no sólo en lo que él significa como realidad política augusta, como fiero concepto estatal, sino en la estructura jurídica puramente, es grato y valedero leer esta obra. Porque conocimos a Calvo So-

telo en sus heroicas arengas parlamentarias, que le costaron la vida y le ganaron la admiración universal, en sus severas realizaciones políticas fabricadas con la greda misma de la tradición española, en sus agudas cristalizaciones programáticas fundadas en la claridad de su inteligencia, en sus cimeras apreciaciones ideológicas, fruto logrado del estudio y de la mente, pero también aprendimos, con devoción profesional, sus ensayos profundos y extensos sobre abuso del derecho y otras figuras jurídicas de indudable actualidad.

Ahora nos entrega el insigne publicista español Vegas Latapie una densa biografía de su estirpe política, de la evocación continuada de su espíritu frente a los problemas del Estado, de su perenne marcha hacia la verdad. Porque no puede desilusionarnos esta obra al demostrar las mutaciones del pensamiento político del gran español. Rectificar es ya una manera de ser y Calvo Sotelo tuvo la valentía de rectificar sus empecinadas creencias demo-liberales cuando se dio bastante cuenta de que ellas eran perjudiciales y extravagantes en España.

Y Vegas Latapie nos historia la vida política, nutrida de esfuerzos y batallas, de Calvo Sotelo, desde los tiempos del maurismo, movimiento equivoco que tuvo en aquél, uno de sus más brillantes adalides, hasta los días severamente arriesgados de la dictadura del General Primo de Rivera, en los cuales Calvo Sotelo tuvo un sillón ministerial y mil iniciativas de sabor regional.

Luégo vinieron los días oscuros, acremente dolorosos para la nacionalidad, de la república, y fue entonces cuando Calvo Sotelo inició, tras el exilio voluntario, el regreso a las verdades españolas que le dieron lustre a su nación en épocas distantes y mantienen su vigencia histórica a través de todas las vicisitudes y de todos los desplantes estatales.

Bibliografía.

Vegas Latapie trae en la obra que glosamos un devoto y paciente acopio de documentos de Calvo Sotelo, para demostrar su pensamiento final en lo político. Inicia la demostración con el sufragio, tema de tanta permanencia y de tan encontrados pareceres. Y el caudillo glorioso condena el sufragio universal inorgánico con vehemencia y demuestra que de la voluntad popular a la dictadura roja hay un camino recto y una vía muy corta. Desecha por absurda la creencia de que el número tiene siempre la razón, y dice: "Yo me arrodillo ante Dios y me prosterno ante la virtud, la belleza, el dolor, la ancianidad. Pero no ante la multitud. Un disparate repetido por un millón de hombres, será siempre un disparate, ha dicho Anatole France". En segundo término habla del parlamentarismo, la modalidad democrática que tantas condenaciones ha merecido en la actualidad. Y se declara enemigo del parlamento. Demuestra el fracaso orgánico y ético del parlamento y parece encontrar la razón del mal en su carencia de unidad, en su enemistad rotunda con la jerarquía. "Jerarquía y Parlamentarismo suelen rimar muy mal. La jerarquía supone unidad. Por lo menos unidad en la cúspide. El parlamentarismo de base inorgánica, engendrado por el sufragio universal y amorfo, es enemigo de la cúspide". El tercer tema es el regionalismo. Condena abiertamente Calvo Sotelo los pretextos de escisión de las regiones vasca y catalana y afirma la necesidad y el imperativo de la unidad española, por encima de todo concepto particularista, de toda ambición fraccionaria. "Una sola patria, una sola nación, y esta patria para todos los españoles", dice el insigne polemista. En cuarto término está la cuestión de la primacía de las ideas, o sea la afirmación dogmática sobre las conveniencias y los oportunismos. "La recta en política es la dogmática; la cur-

va es la táctica. Y la táctica es lícita siempre y cuando se ha subordinado a la dogmática, porque una táctica sin dogmática es como una religión sin Dios, como un rebaño sin pastor, como una familia sin jefe". En último lugar se agrupan los ensayos de Calvo Sotelo sobre la Monarquía, tema de siempre para los españoles. Y afirma: "Somos monárquicos porque creemos que la Monarquía es la forma más perfecta para resolver los problemas de la autonomía". Y en otra parte: "Somos monárquicos porque necesitamos que la política se asiente sobre unos cimientos de continuidad y esto ya se ha visto hasta donde lo da la república". Quizás en este último punto el fervor monarquista de Vegas Latapie, su desbordado y sincero empeño monarquista, le haya hecho olvidar algunos documentos fundamentales del pensamiento político de Calvo Sotelo. Porque es cierto que el gran conductor quería una monarquía para España, pero había confortado sus ideas ya en las razones fascistas y alimentado con bases corporativas y fundamentos fuertes y autoritarios, sus propios conceptos.

En todo caso, la obra de Vegas Latapie indica una gran devoción por el insigne español caído en vísperas de la revolución nacional por obra de los gobernantes soviéticos y los conviventes tímidos. Aquel de quien ha dicho Pemán: "Nosotros lo queríamos para gobernar. Dios lo ha querido para mártir. Los caminos de Dios son siempre los mejores", ha encontrado en Vegas Latapie un fervoroso y dedicado buceador de su pensamiento político, un emocionado recopilador de sus ensayos y sus discursos. Y los admiradores del gran conductor, tenemos una obra más para aprenderlo.

Gabriel Henao Mejía.

EL VIAJERO Y SU SOMBRA

Eugenio Montes. — Cultura Española. Madrid, 1940. 296 pp.

Ya la elección del título de esta obra es un acierto. Eugenio Montes, el gran español y miembro de la Real Academia, recogió en ella una serie de ensayos, escritos hace años, mientras captaba los paisajes de las tierras flamencas, nebulosas y amargas, de las riberas danubianas y renanas, hechas para el feudalismo del arte y la emoción del turista, de la Prusia férrea, conformada de disciplina e historia.

Pero en la obra de Eugenio Montes no está la apreciación ociosa y curiosa de los turistas, de los viajeros por deporte, que ansían novedad y sorpresa y tienen un concepto superficial de los pueblos. Tampoco está la densa estructuración filosófica de un Keyserling en sus viajes de pensador por todos los continentes. Ni usa y acomoda a sus ideales y a su temperamento, los lugares que visita, como lo hace Maurice Barrés en sus angustiados paseos de político nacionalista por las llanuras soleadas y estériles de Castilla y por las florestas renacentistas de la Italia septentrional. Tampoco podríamos compararlo con Giménez Caballero, otro gran pensador español de hoy, en sus espectrales y rápidas ojeadas sobre las regiones de su península y sobre los restos imperiales y católicos de Roma. Esta obra de Eugenio Montes no es nada de lo antes señalado. Podríamos creer que fue apenas un pretexto para mirar a España a distancia.

En efecto, cada lugar que visita, cada monumento que admira, cada figura de la historia que recuerda, cada paisaje que posee, le trae el recuerdo de la España lejana, de esa España que, cuando él viajaba, aún permanecía bajo el man-

do soviético de la izquierda.

Eugenio Montes nos lleva, tras la brillante audacia de su estilo, por tierras belgas y holandesas, austriacas y alemanas, y en cada descanso del viaje, sobre los mostradores de las típicas posadas nórdicas, va tejiendo esta obra que es a la vez un recuerdo y una inculpación de España, una proclama por el triunfo de los valores auténticos de la nacionalidad y una invitación revolucionaria de la mejor estirpe. Hemos pensado si el sentido del título de la obra que gloriamos está precisamente en eso, en el recuerdo perenne de España. La sombra del gran escritor en viaje, no debe ser propiamente la que proyecta su cuerpo sobre las piedras de todos los caminos, sino aquella, herida de muerte, de su península Ibérica, entonces crucificada de angustias, huérfana de tradiciones, ausente de la vida internacional por el querer vitando de unos cuantos fautores de un régimen que era extraño y extravagante para la nación que "había dado conformación al globo terrestre" y en cuya vida hay tantas cosas grandes, que sin ella, la historia universal no se podría escribir.

La prosa de Eugenio Montes le valió un sillón en la Academia Real de España. Bien merece el honor. Su estilo tiene la robustez magnífica y la pasión suficiente para una cruzada restauradora. Sus frases nerviosas y cortas, se limitan con puntos, porque son categóricas, violentas. Apenas el freno impiadoso de la puntuación podía detener el avance impetuoso y pugnaz de su mente y el golpeo violento de su emoción, pronta al servicio para su patria y sus ideas.

Su personalidad se relieves notoriamente desde hace lustros en la vida intelectual española. En revistas y en diarios, en libros y en folletos, en arengas y conferencias, llevó, en los días agrios de la república, su voz de profecía y de re-

vuelta por todos los ángulos ibéricos. Con tenacidad, con valor, con efusión, luchó siempre por el mantenimiento de las tradiciones españolas que en otra época dieron lustre y gloria inmarcesibles a su patria y remozó sus concepciones del gobierno y la política, con las ideas señeras que hoy dominan a Europa y alegran el corazón de las juventudes americanas, adaptando, desde luego, lo positivo y efectivo de ellas y desechando lo extraño e impropio en que abundan.

Cuando estalló la revolución nacionalista, los caudillos de la guerra le dieron a Eugenio Montes el ponderoso encargo de decir por las tierras americanas la verdad y la razón de la lucha, los ideales y las virtudes de la empresa. Y cumplió su misión a cabalidad con fervor y con fe. No visitó a Colombia, pero las juventudes universitarias siguieron desveladamente su trayectoria por otros países y conocieron sus vocablos de redención y de verdad a través de la prensa.

Hoy, ya pacificada su tierra y en vía de afianzarse el ideal de España, por el cual tantos murieron y tanto se destruyó, Eugenio Montes coopera a la restauración ibérica y continúa su labor de escritor, con la misma tenacidad e igual empuje que antes. Su misión aún no ha terminado y para regocijo de intelectuales y goce de sus admiradores, seguirá lanzando ediciones de sus obras y de sus conferencias y preparando nuevos libros, que, como el que comentamos, tienen, fuera de estilo egregio, que ya sería bastante, un sabor de realidad y densidad poco comunes.

Gabriel Henaó Mejía.

EL PENSAMIENTO VIVO DE SAAVEDRA FAJARDO

Por *Francisco Ayala*. — Biblioteca *Pensamiento vivo*, Nº 14. Editorial Losada S. A. Buenos Aires. Argentina.

Fines del siglo XVI y comienzos del XVII. España, como siempre, va por caminos distintos del resto de Europa. Constituye por ese entonces el baluarte del Catolicismo contra la Reforma Protestante implantada en Alemania e Inglaterra por reyes caprichosos, crueles y corrompidos, quienes buscan casarse dos o más veces con el consenso de Calvino, Zwinglio o Melanchton, pero sin la anuencia del Sumo Pontífice. Está en su Siglo de Oro de las letras, contra la producción precaria de las demás naciones. Tiene dinero y colonias. Se levanta un Estado Cristiano contra la Anarquía. El Gobierno de un Felipe II, opuesto a los Sforzas, Médicis, Borgias de Italia y a los Margraves, Langraves y príncipes feudales de Alemania. Un Saavedra Fajardo contra Maquiavelo. Los Jesuitas contra Lutero. El escolasticismo y el misticismo contra el Renacimiento pagano y el principio del arte por el arte.

Todo esto lo esboza con certero criterio don Francisco Ayala en el libro que acotamos; y pasando con rapidez a otro temario, nos dice: "¿Cuál es el pensamiento vivo? Es precisamente la actualidad y vigencia que pueden tener hoy día los escritos que no vienen del pasado". ¿Y acaso habrá otro libro de más actualidad que las "Empresas Políticas", de Saavedra Fajardo, cuando da la idea de un Príncipe político cristiano y las normas de su gobierno? Pero hoy su lucha no va, como enantes, contra el utilitarismo y la perfidia de Maquiavelo; a éste se añan ya Bentham, Comte, Kant,

Rousseau, Marx, Kelsen, quienes repudian la base moral del Estado y del gobernante.

El tremendo caos del mundo actual sugiere ante todo una revisión de textos y de ideas que, como aquellas de Saavedra Fajardo, lo vuelvan otra vez a las sendas de la tranquilidad, de la fe y el orden, ya que no de la felicidad. No se logra comprender el porqué las grandes ideas de los autores españoles no tienen acceso ni en su propia tierra y en cambio las de un Carlos Marx se extienden cual pólvora para arrasar la paz de los continentes: cómo los severos, sanos y perpetuos principios de un Tomás Moro, de San Agustín, de Savedra, y más lejos aún, de Sócrates, Aristóteles, Platón, Marco Aurelio, se pierden en el tiempo estando por encima de él. España e Inglaterra, tras dejar infiltrar cizaña que más tarde les ha provocado cataclismos de tan ingentes como desgraciadas repercusiones, parecen buscar de nuevo las verdaderas fuentes del pensamiento sano y vivo, ya que en realidad, sólo por este camino les será posible edificar lo permanente y cimero de sus instituciones sociales.

Francisco Ayala nos dice cómo la política de Saavedra Fajardo tiene arraigo en la filosofía de Santo Tomás. Su sistema se basa en la existencia del Derecho Natural. En el principio de que toda autoridad procede de Dios y se ubica en la comunidad o república que la entrega al jefe o gobernante que elige, sin entrar a discutir los criterios distanciados de Belarmino y Suárez a este respecto. En el hecho de que el pecado original creó una tendencia hacia el mal, que sólo pueden contrarrestar sanos principios desprendidos de la Ley Natural.

Constituyen los escritos de Diego Saavedra verdaderos principios en Derecho Constitucional. Su tendencia es Monárquica, pero enuncia pensamientos como

éste: "El poder absoluto es tiranía". En lo referente a la administración de Justicia tiene conceptos que sólo podría igualar Montesquieu.

En cuanto a la educación del príncipe crea normas por cuyo medio quiere reaccionar contra el sistema que, como diplomático de su País, ha visto insinuarse en los regímenes de las demás naciones europeas, es decir, una tendencia a la promesa que no se ha de cumplir y al engaño meloso que aconseja el auzdaz florentino.

En el libro de Francisco Ayala encontramos el pensamiento vivo de don Diego de Saavedra y Fajardo. Suyas son estas líneas: "El error, por ejemplo, de los grandes Imperios que no quieren moverse por no poner en peligro su tranquilidad, pero que con ello caen en la catástrofe que querían evitar, ya que sólo con una misión y una actividad se conservan los Estados, y de otra parte el error de los poderes tiránicos que fian demasiado en el triunfo de la violencia sin advertir las fallas en que sucumbe una política desprovista de principios morales".

Por la pureza de la idea y la actualidad del pensamiento de Savedra Fajardo, la obra de Francisco Ayala merece una excelente acogida entre nosotros los católicos bolivarianos.

Bernardo Vieira J.



HISTORIA DE LA HISTORIA

Por *J. T. Shotwell*. — Fondo de Cultura Económica. México, 1940. 430 páginas.

Bajo el sugestivo título de "Historia de la Historia", ha publicado James T. Shotwell, profesor de la Universidad de Columbia, una obra de insospechado

realce científico, que con un criterio histórico-filosófico descubre y reivindica la Historia "como aquel ahondar de la memoria y de la curiosidad científica que da la medida de nuestra conciencia social y de nuestra vida intelectual".

La historia trasciende hasta explicarse a sí misma por su contenido real y objetivo. Se incorpora y se manifiesta por la autenticidad de lo que es, ya que el acontecer humano no será derivativo de especulaciones subjetivas sino constitutivo y expresivo de lo que ha existido, porque los hechos serán históricos por sí y ante sí. Sobrepassando la fábula y encumbrándose sobre el simple relato, toma cuerpo científico en la expresión de una nueva realidad.

Arte fue la Historia en la mentalidad de los antiguos: Tucídides ha sido leído por la belleza de su griego y Tito Livio, por la vigorosa elocuencia de sus relatos de la más acendrada puridad latina. Los historiadores eran maestros de estilo, frecuentemente vigorosos dramaturgos, o al menos literatos de excelsa inspiración.

El ser de lo habido es ciencia histórica, por oposición a la narración de lo que ha acontecido, que es arte histórico. El pasado de la humanidad se descubre entonces, no como memoria de cosas, sino como una trama esencial y sustancial que en sí contiene una explicación racional del tiempo y de la vida. Esta memoria consciente, a la vez explicativa y constitutiva de realidad, por tanto causal y determinante, presupone un trato de lo histórico perfectamente científico, independiente de toda idealidad. He aquí la Historia en el campo de la crítica, en el dominio de la ciencia, en su propia autenticidad.

Depurados así los elementos del pasado, reviven por su contacto con la realidad, por su fondo de certeza y de verdad. Evidente es entonces, que lo que fue pueda ser explicado sin falsía ni a-

dulteración. Que los hechos, motivo de la Historia, puedan ser estudiados "como formando parte de esa gran corriente de relaciones mutuas que es el tiempo" y que la ciencia del pasado, restituya al presente, intransigente y valedera, la inmortal resurrección de la verdad.

La obra que comentamos, es por su criterio profundo y científico, una verdadera restauración histórica. Su método histórico-filosófico, es el método adecuado a tal disciplina y falla una vez por todas la pertinaz controversia de si la Historia es ciencia. Ciencia del pasado de la humanidad, unida por el tiempo al afán presente, que por su intransigente preteridad se resuelve en lo ya sido y participa de la inmutable perfección de lo que ya es Ser.

Es la obra del profesor Shotwell, una de las muchas e importantes publicaciones de la Editorial Fondo de Cultura Económica, cuya bibliografía es de la más escogida selección, de la más exquisita y artística factura y del más alto realce científico y cultural.

Helio Martínez Márquez.

LOS CUADERNOS DE MALTE LAURIDS BRIGGE

Por Rainer Maria Rilke. — Editorial Losada, S. A. Buenos Aires. 1941. 246 pp.

Francisco Ayala nos presenta una maravillosa traducción de los "Cuadernos de Malte Laurids Brigge", de Rainer Maria Rilke. Nos encontramos ante un relato, para muchos autobiográfico, pero de todas suertes una manera diferente, impresionante, fabulosa de mirar a París. Rilke es uno de los más grandes líricos de los tiempos modernos. Su obra

tiene siempre un sello de introspección. Poeta de honda, soterrada, violenta soledad. Su sensibilidad, capaz de tocar los matices más extraños y menos accesibles a las inteligencias comunes, le ha permitido realizar un buceo por todos los caminos inimaginables del sueño y de la sangre, de la muerte y de la soledad. Sus libros, inclusive sus poesías, son un anhelante precipitarse por los ambientes menos propicios al tranquilo discurrir realista. Siente un hondo, afincado anhelo de encontrar predios cercanos a la muerte, "el lado no iluminado de la vida", tomando la historia de su vida precisamente en las puras e inefables laderas de la infancia.

La obra de Rilke, arropada de intenso lirismo, es un viaje fundamental en torno de sí. Y este localizarse, es apenas encontrar el hombre en toda su significación humana. Además, su afán es fundamentalizar principios en torno a los agudos problemas de la inteligencia, del espíritu, mejor. Sus poesías, que algunos consideran de perfecta cabalidad, son viajes de bruñido acento humano, de desesperante anhelar humanas fuentes, desolados paisajes, convalécientes primaveras de la emoción. Pero ello es un ambiente de soledad —"lo único necesario es la soledad, la grande e intensa soledad"— que le depara a la obra un inconfundible acento de ansias, y de expectativas desoladas. Un hiper-síquico llamaron a Rilke, y su obra puede ser una confirmación de la supersensibilidad que le permitía contemplar paisajes del hombre tan llenos de dolorosos acontecimientos, de soledosos resplandores fatigantes en las almas, de fabulosas angustias contemplativas del mundo interior.

Los "Cuadernos de Malte Laurids Brigge" los consideran algunos críticos como una auto-biografía. De todas maneras el libro, lleno de un fabulismo impresionante, con un estilo que deja la

sensación de lo vago, y es apenas la búsqueda incierta de la muerte. Entre la obscuridad que sobrecoge y confunde, y la luminosidad que despierta a la vida en los tallos de la flor, del animal, de la llaga asqueante, del hospital, de la leyenda familiar, que todo ello sintentizan los "Cuadernos de Malte Laurids Brigge". Asimismo lo concibió un crítico —tal vez Guillermo de Torre— cuando sentenciaba: "su expresión va de la sombra a la luz". En los "Cuadernos", Rainer Maria se propone darnos una visión nueva, diferente de París. En esa ciudad, vemos nosotros todas las bahías humanas donde la muerte tiene su germinación. Por todos los lugares que deambula Rilke, en un estilo que nos va internando a los senderos de la angustia y la expectación, que ya son por sí una misma cosa, vamos descubriendo vertientes dolorosas, aglutinantes del desespero, relievantes de la vida, en su concreción ambiciosa de cumplir, irrevocablemente, todos sus afanes, inclusive el de la muerte.

En esta obra de Rilke encontramos, también, sus dos teorías que siempre mantuvieron vigilante su acción lírica. La experiencia en la poesía, como fuente, como inspiración, como único elemento concreto. El mismo lo sentenció: la experiencia en la poesía y no el sentimiento. Y su teoría de la muerte, en la cual vamos encontrando sitio anhelante para nosotros y nuestro destino. Cada cual tiene su propia muerte. Esos dos elementos, esos dos principios específicamente significativos, dan margen, en torno a los detalles más simples, a los hechos más comunes, a los objetos más minúsculos, para lograr desarrollar sus teorías. Cada cual tiene su propia muerte, y la poesía es la experiencia, o mejor, su incubadora más humana, más cercana a la serena verdad, a la angustiosa realidad interior.

Crear para Rainer Maria Rilke era un agotador y sensible lograr aprisionar la vida y la muerte. No concebía que aquella pudiera sentirse completa, en su función latente de verdad eterna, mientras no estuviera expectando "el lado no iluminado de la vida".

De suerte que nos encontramos en los "Cuadernos", a la vez, con un amplio desarrollo de los minúsculos hechos, pero siempre tratando de horadar lo insondable, ese oscuro confluir a la sangre, que en Rilke era lo primordial y eterno. Su libro cae de los principios elementales, de los detalles objetivos, a las regiones del sueño y de la fábula, del misterio y la muerte, primeras esencias en su propia y personal concepción del mundo. En los "Cuadernos de Malte Laurids Brigge" nos vemos frente al espectáculo nervioso, que viene a ser presencia nueva y permanente de la angustia, de su localizar matices que escapan a todas las miradas penetrantes y agudas, que no desempeñan su oficio con una amorosa complacencia por los minúsculos apetitos de la vida, para desentrañar de ellos la muerte en toda su significación tremenda de realidad tajante a nuestros sueños.

Eso, precisamente, después de convaler con esos relatos que van de la fábula a la inminencia cercana de la angustia, y de la introspección que conduce introvertiblemente a la soledad, es lo que hemos desentrañado de Rilke. Y así como para Rainer Maria Rilke el crear —y basta recordar la creación de las "Elegías del Duino"— era una deserción de fuerzas, un abatirse de sensaciones en el desfallecimiento de su propia angustia y de su propia muerte. Así, los "Cuadernos de Malte Laurids Brigge" producen la sensación de que "todo lo que eran fibras y tejidos está roto" en nosotros.

Otto Morales Benítez.



MARTI, MISTICO DEL DEBER

Por Félix Lizaso. — Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1940. 330 páginas.

Félix Lizaso, después de someter a concurso su obra, en el cual alcanzó el tercer puesto por unanimidad, publica su "Martí, místico del deber". Logra Lizaso desenvolver la biografía con un amoroso sometimiento al espectáculo vital que fue José Martí. Para el autor, recorrer la ruta del Libertador Cubano, es adentrarse por todos los lugares donde la acción, el espíritu, la voluntad, la inteligencia y la fe, estuvieron vigilando la vida del poeta y del guerrero. Así, pues, que Félix Lizaso nos muestra todo el desarrollo, con todas sus ambiciones y con todas sus derrotas, con los principios creativos de su espíritu, y con las angustias desoladoras que tuvo que contemplar su fuerte principio de realizador.

José Martí está situado en América en un prominente puesto, tanto dentro del campo del desarrollo político, como en los afanes altos de la inteligencia. Ya Pedro Salinas lo consideraba como uno de los precursores del "modernismo" al lado de Silva, Gutiérrez Nájera y Casal. De suerte que aquí lo encontramos perfilado ya en un alto sitio, en un ventanal propicio a los generosos deberes de la inteligencia.

A José Martí, dentro del campo político, se le considera como uno de los "precursores" en el descubrimiento de las realidades americanas. Porque su acción, que era el más amplio despliegue de ambiciones humanas, le dispensó la fortuna de recorrer los problemas americanos en toda su intensidad, densidad y proyecciones. Lógicamente su pensamiento político se resiente de un agudo idealismo, que, a la vez, viene a favorecerle para su perduración en las nobles inteligencias.

Martí no es solamente un hombre que busca el derrocamiento de determinado y cerrado círculo de hombres, sino que se empeña en la exterminación de todo el andamiaje y toda la concepción del Estado que ellos representan. Su vida, pues, es una violenta precipitación hacia localizar principios, encontrar soluciones, aventurar programas que su perspicacia y malicia inteligente le dictan. Martí es símbolo en América. Luis Alberto Sánchez, precisamente en su "Balance y Liquidación del 900", habla de la localización de Martí, ya como uno de quienes había de alimentar, con su vocación y con su enseñanza, la violenta realidad del "arielismo", en un futuro para Martí y en un pasado para nosotros, que aún tiene vigor de influencia.

Es preciso destacar los rotundos perfiles intelectuales de su vida. Su empeño de conocer a América, de descubrirla, de sentirla como una ambición constante de su inteligencia, desempeñó una influencia que le marcó la voluntad de aventurarse por rutas diversas, para encontrar así segura orientación. Su obra, pues, tiene un acento americano, autóctono. Y en esto sobresale, en ese sentido telúrico, en ese alto porcentaje de movimiento "autoctonista", que aquí en nuestro continente alimentaron Sarmiento, González Prada, Cecilio Acosta y otros. Sus libros concentran los postulados que siempre rubricó su alta inteligencia perspicaz y generosa.

Un perfil de la obra intelectual de Martí es su poesía. Ya la situamos cuando lo anunciamos como "precursor" en compañía de otros altos valores de la geografía poética americana. Su poética tenía como motivos de inspiración, invariablemente, los firmes derroteros de la patria, las evocaciones que siempre tenían su afincamiento en la saudade. De suerte que tiene un acento de avizorar futuros, descubrir caminos, localizar sue-

ños en la alta tierra de la ambición humana. A la vez, el acento de su obra es humana, altamente humana. En ella se respira un amplio círculo de fraternidad, de generoso afán humano, invariablemente desembocado en el hombre en todo su sentido vertical, que era la más íntima ambición de Martí.

Félix Lizaso sigue esta trayectoria de José Martí, describiendo la ruta de su aventura. En un estilo que no satisface todas nuestras aspiraciones, cayendo en amplio círculo de lugares comunes, faltándole muchas ocasiones la suficiente exaltación para acompañar al héroe en su errabundaje de estrellas y de anhelos. De todas maneras nos vamos con Lizaso, y mejor será decir que con Martí, sabiendo que la vida es una continua lucha, un firme sentimiento de la voluntad, una alta esperanza del deber. Los capítulos finales de la obra del señor Lizaso, cuando nos describe los afanes de José Martí para organizar la revolución, tienen un vigor tomado, precisamente, de esa acción que siempre dio aliento al Caudillo. En otros capítulos, o en todos mejor, encontramos la obra de Martí analizada con somero bucear por las causas profundas, subterráneas, allá donde la verdad está en toda su desnudez. El pensamiento de Martí queda en nieblas, y tal vez el señor Lizaso olvidó que ese estudio profundo, serio, vertical de todos los postulados, algo como una ruta del pensamiento del Libertador Cubano, era necesario formularlo en un concienzudo esfuerzo de aprehensión de las más vigorosas tesis. Lógicamente que allí en el libro está el relato, la síntesis de la obra de Martí, pero nuestra admiración hacia el Caudillo probablemente nos hace ser exigentes.

Hay un capítulo en la obra, precisamente donde se cuenta la intervención de Martí en la Conferencia de Delegados Americanos a Washington, donde des-

Bibliografía.

cubrimos nosotros la visión, la agudeza, la formidable fuerza dialéctica del jefe cubano. Allí se va dando entonación a la política que Estados Unidos debía de sostener frente a los países americanos. Martí descubrió que la entrega sería un vergonzoso sometimiento sin elegancia ni decoro. Esa política preconizada por "el místico del deber", quizás quede un poco vaga en la exposición, en el relato fatigante que nos trae Lizaso. Hubiera sido mejor una síntesis total, rápida si se quiere, pero aguda.

De todas maneras el libro del señor Félix Lizaso se lee con agrado. Martí va apareciendo en toda su extensión, aunque no en su intensidad. Serán los únicos reparos generales que se pueden formular al libro. Nosotros nos equivocamos por profundo amor, por vio-

lenta pasión noble hacia quienes han engendrado el porvenir americano. Tal vez se nos excuse también nuestra ambición de olvidar determinados trucos que ya han sufrido su "debacle" y apenas en la antigua concepción de la biografía podían tener cabida, existencia. La biografía moderna no exige tanta fidelidad de calendario, sino honda, penetrante, aguda inspección psicológica. También fiero, tremante desespero por descubrir la ruta del pensamiento. Porque la biografía moderna es exactamente descubrir todo aquello que estalla en el perfil completo del personaje. El libro del señor Lizaso, en realidad, no ha cumplido con todos esos preceptos, pero si canceló la deuda de admiración que le ha conquistado el autor de "Versos Libres".

Otto Morales Benítez.